

La mirada humanista

Juan Carlos Abril (Universidad de Granada)

[Leyva, José Ángel (2012). *Tres cuartas partes*, Frontispicio de Antonio Gamoneda, Guadalajara (Jalisco): Mantis Editores – Luis Armenta Malpica / Escritores de Cajeme.]

Tres cuartas partes, del mexicano José Ángel Leyva (Durango, 1958) hace alusión a «las tres cuartas partes líquidas del hombre» (16), el último verso del poema homónimo. Esta visión humana, pero ante todo humanista, en el sentido estricto de que habla del hombre —en todos sus aspectos— y de que tiene al hombre en el centro de sus reflexiones, preocupándose por él, se halla en la raíz de este libro. Así, otras alusiones a lo líquido, tanto por afinidad como por contraste, aparecerán a lo largo del poemario de manera sistemática, estableciendo una relación del hombre con el mundo, con las ciudades, las civilizaciones, la historia, el reino mineral, animales, etcétera.

Desde el primer e impresionante poema, «La perra» (13-14), el poeta nos presenta una similitud entre el animal y la dignidad humana: «En su mirada ciega los ojos son los mismos / que preguntan por qué desde la infancia», ya que en la injusticia de la perra se observa la injusticia humana, una perra a la que persiguen los niños, pegándole, vejándola... El siguiente poema, precisamente el titulado «Tres cuartas partes», como decimos, tiene un efecto matriz hacia todo el libro, aunque serán otros poemas y temáticas también vertebradoras en el conjunto, como vamos a tratar de explicar.

Aparecen varios poemas de ciudades, Bilbao en «Estudio de Lutzana» (17); Ciudad Juárez en «Alicia en Ciudad Juárez» (21); «Bogotá» (23-24); Bagdad, en «Su nombre es Bagdad» (30); entre otras, y también «Toniná» (35-36) y «Acrotiri» (37), que también aluden a ciudades, pero ya desaparecidas, es decir a yacimientos arqueológicos, uno maya, el de Toniná, en Chiapas, y el otro en la isla de Santorini, un pequeño archipiélago al norte de Creta. Se trata de civilizaciones que fueron hegemónicas y que vivieron un gran esplendor, pero que hoy son solo piedras... Hay otras ciudades, sin querer aquí ser exhaustivos —París, Ciudad de México, etc.— que en general muestran la preocupación por lo colectivo, por la idea humanista de civilización, de cultura, e incluso de ciudadanía, ideas estas abocadas al fracaso o vacío más absoluto (19, 33, etcétera). El contrapunto a esta preocupación —que es al mismo esperanza— se encuentra en poemas

como «Fantasmas»: «Puedo llamar su imagen de un nosotros / sin pellejo sin forma sin sustancia» (20), que posee cierta continuación en «Migrantes» (22), esas personas que buscan una identidad y que como nómadas van persiguiendo una tierra donde asirse, y que luego aparecen de nuevo en «El campesino del futuro muerto» (31-32). También desde la perspectiva de la pérdida de referentes en el discurso social, seguramente «Isla» (45) sea ese poema en el que gira el eje de la individualidad (posiblemente del autor, pero no obligatoriamente, mejor sería decir del lector): «Provenigo de una isla interior / rodeada de nubes ardientes por la prisa». Soledad que sabe que su «Regreso a casa» (46-47), al igual que un salmón —de nuevo el símil animal— que remonta la corriente del río, sabe cómo tiene que volver, «[a]lerta para no morir ahogado al fondo de otro sueño» (46), sabe lo que tiene que hacer, porque va a llegar siempre a tiempo, para desovar y procrear, para cumplir su ciclo, en una suerte de introspección que nos asegure contemplarnos a nosotros mismos, en un reflejo donde reconocernos.

El dolor —de manera transversal— quizá sea una de las constantes temáticas en un buen número de poemas. Desde el que sufre esa perra con la que se inicia el libro, hasta «Moldes» (61), por enumerar algunos, ya que «El poeta lleva un tiro en la cabeza» (27-28), o sea, el poeta conoce el dolor de primera mano, y sigue siendo aquel que tiene que hablar de su experiencia, eso sí, sin patetismos de ningún tipo. El poeta debe seguir alentando con su palabra la esperanza humana (no en el devenir histórico), como única explicación al abismo en el que se halla el ser humano y del que quizá nunca podamos salir: «Entonces las fosas de la tierra / dieron a luz mi propia lengua» (29). La poesía como salvación, con la que renacemos frente al dolor del mundo. Por tanto, enunciar el dolor en el poema, a modo de exorcismo, sirve para ahuyentarlo, quizá para llegar a ese estado atarácico en el que se soporta mejor todo lo que nos golpea. Al fin y al cabo, como dijo Adorno, es un reto escribir después de Auschwitz.

Dividido en dos secciones, *Tres cuartas partes* se abre en su inicio con un subtítulo epicúreo, «La eternidad no es tiempo», del que, aunque hemos apuntado algunas líneas generales, habría que añadir que este guiño lucreciano enlaza la preocupación existencial a la espera de una reacción social, a través de la conciencia de la finitud y la muerte. La única razón por la que existir, resistir y seguir luchando, la única razón que pueda redimir al hombre es el arte, y de ahí que en «Visual», la segunda y última sección del poemario, haya mayoritariamente poemas que se dedican al arte, en especial a las artes plásticas, desde homenajes a autores como «Louise Bourgeois» (55-56) hasta composiciones que tratan obras, esculturas, fotografías o pinturas concretas y que suelen ir dedicadas con nombre propio.

Especial fijación temática sería la piedra, que aparece en multitud de ocasiones, como elemento contrario o distinto sin duda a esas tres cuartas partes de líquido que configuran la existencia humana. Desde «Fósiles» (33), «Ámbar» (34), las piedras de las ciudades arqueológicas encontra-

das, Toniná y Acrotiri, «El sentimiento de la piedra» (57), «Una veta de mujer» (60), «Escultura en piedra» (65-66), y otros que podríamos citar, esta focalización en el reino mineral y en la tierra, es una llamada ecológica, una petición, pero también una asidero donde agarrarse, algo material lejos de especulaciones y metafísicas para poner los pies en la tierra, convocando la seguridad, la certeza de la corporeidad hecha piedra, frente a una conciencia de la muerte y de la finitud que, como hemos dicho más arriba, también hace su acto de presencia en «El árbol de la muerte» (26) y «Fin del mundo» (50), los cuales nos ponen sobre aviso de nuestra realidad última. Quizás por eso el poeta nunca pierde la capacidad de «Asombro»: «El corazón se sorprende / a veces de sus ruidos / y se queda mudo / completamente sordo» (51), con lo que significa una postura ante la vida, de ilusión a pesar de todo.

Sea como fuere, hay muchas más cosas que podríamos seguir apuntando, pero avisado queda el lector de esta poesía, y dejamos en sus manos que descubra este poemario de estirpe meditativa pero que no renuncia a la vanguardia, y que recomendamos vivamente.